



EL SALVADOR DEL MUNDO.

EL SALVADOR DEL MUNDO.

AL GENERO HUMANO.

Si el espíritu de indiferentismo que desgraciadamente se ha apoderado de nuestra época, uniéndose con los bastardos y viles intereses materiales en el centro común de la masonería, haciendo que el sér racional desconozca su origen y que olvide su último fin, permitiese á ciertos hombres que dejasen de ser tan frívolos para estudiar con alguna más detención los inmensos frutos que las sociedades modernas deben al *Salvador del Mundo* en su divina augusta religion, no atacarian sistemáticamente y sin miramiento alguno su sagrada doctrina.

Muy difícilmente creemos que se despojen de sus preocupaciones, pero sin embargo, de nuestro deber es presentarles hasta donde nos lo permitan nuestras escasas fuerzas intelectuales, aquellos ópimos y dorados frutos, para que al ménos, si hay un resto de buena fé en algunos, meditando algo sobre nuestras humildes y ligeras observaciones, se despierte el gusto para estudiar en los magníficos apologistas que tiene el Cristianismo, su espíritu, su institucion, sus consecuencias; y á la vista de los ricos tesoros de la civilizacion que en él se encierran, vuelvan sobre sus pasos y salven sus almas del castigo eterno y á su patria de la ignominia y la barbarie.

Los que, para honra suya, no han vacilado en esponer sus personas y sus intereses, al desconocer con toda energía las leyes orgánicas que atacan al Catolicismo, el presente estudio les servirá para fortalecer sus creencias y darse la enhorabuena por estar dispuestos á sostener la santa Religion que les legaran sus antepasados, y á la que debe el *Género Humano* el verdadero progreso, la civilizacion, y la bien entendida libertad, derramando frutos in calculables, divinos, infinitos, como su autor, en el órden moral, intelectual y social.

Al hacer un pequeño análisis de ellos, no pretendemos presentar nada nuevo, vamos solo á extraer, por decirlo así, lo que han dicho otros insignes escritores, principalmente los tres más grandes filósofos de nuestro siglo: Demaistre, Stolberg y Augusto Nicolás.

§ I

La Religion Católica ha hecho ¡Santos! ¿Sabeis bien lo que es esto? ¿habeis reflexionado alguna vez sobre el fenómeno de la santidad?

¿Qué es el hombre tomado en su estado natural? Todos podemos saberlo echando una mirada sobre nosotros mismos: es, en lo que hay de ménos malo, un sér inclinado al mal, al egoismo, á la pereza, al orgullo, á la codicia, á la sensualidad, á la crueldad, á la doblez, á una increíble frivolidad. Si se abandona á sus inclinaciones, ¿á qué grado no llega de perversidad y abyeccion? y si las contiene á medias, gastado por los esfuerzos que le cuesta, nada le queda para elevarse hasta el bien. Esta grande naturaleza se haya circunscrita al círculo de una moralidad negativa é infecunda, no obra mal: este es todo su heroísmo. Y para esto es aun preciso que el temperamento, la edad, la condicion, el buen natural, y la carencia de un mayor interés, no ofrezcan á la voluntad grande lucha que sostener, ó que ésta pueda apoyarse en algunos groseros motivos de reputacion, de orgullo y de inaccion que balanceen el mal con el mal mismo, y que no dejen á ese sábio otro mérito que el de conservarse en equilibrio entre los escesos y el de ser no más que un epicúreo de virtud.

Hé aqui de lo que es el hombre capaz. Poco más ó ménos este es el diapason de su virtud. Lo mismo que su naturaleza física, su naturaleza moral no traspasa nunca ciertos limites, no salva cierto nivel.

En este nivel toma el cristianismo al hombre para elevarlo hasta la mas alta santidad, es decir, á un estado en que todos los malos instintos de nuestra naturaleza son anatematizados, y en que el bien, en lo que tiene de más general y absoluto, se hace la profesion de todos los dias, de todos los instantes y de todos los suspiros de la vida; en que el alma siempre inclinada y suspirando por la perfeccion, y deseando alcanzarla y llegar cada vez más á ella, no solamente se priva de todo cuanto es prohibido, sino que se despoja hasta de lo que le es permitido, de todo cuanto hay de más agradable de más querido y más inherente á nuestra naturaleza; se inmola dolorosamente, se circuncida el corazon, no vive ya de la vida sensible, y concupiscible, sino para morir á ella todos los dias; y por este medio nace, crece, se eleva y derrama en una vida nueva, toda de perfeccion, de deber y de virtud, en la que no viendo jamás el bien que hace sino el que deja de hacer, se desprecia haciendo actos de heroísmo, se excita y agujonea por todos los limites del deber, y vá á confundirse, si es licito decirlo así, con la perfeccion infinita del mismo Dios.

Este es el estado perfecto de santidad; estado sobrenatural para cualquiera que reflexione en la corrupcion y pesadez de nuestra naturaleza, como lo seria para el físico el estado de un hombre que no tocase á la tierra y se sostuviese habitualmente en los aires.

Y ¡cosa admirable y bien digna de reflexion! el cristianismo produce este estado en toda la naturaleza del hombre, en todas las edades y condiciones, y á través de todos los obstáculos. Nunca consulta á la naturaleza, tan dueño es de ella. Todo le es bueno para hacer un santo, un niño, un guerrero, un sábio, un pastor, un rey, una doncella, una alma ya pura, una alma criminal; todo se hace en sus manos capaz de santidad. De ordinario, hasta en las dificultades y resistencias de la naturaleza y de la sociedad obran esas metamorfosis llamadas conversiones y que no son ménos prodigiosas en el órden moral que las de la fabulosa antigüedad en el órden sensible. Si quiere hacer brillar la caridad y el celo del aposto-

lado, escogerá un perseguidor; si quiere hacer ver la inflexible intrepidez y el heroísmo de la constancia, tomará el corazón de una virgen; si quiere encantarnos con una obra maestra de dulzura y humildad, irá á buscar el alma de un rey, hará nacer la sencillez de la fé en el alma de un filósofo, y la más sublime filosofía en la de un campesino; (1) inspirará al heredero de un gran nombre y de una brillante fortuna la pasión de la renuncia, de todo y de la pobreza; se apoderará de la elegante señorita en medio de los preparativos del himeneo y en el seno de las caricias maternas, para transformarla en Hermana de Caridad; y de la pecadora que el mundo desprecia y rechaza, hará la amante de un Dios tres veces santo.

La acción del cristianismo en el alma, se parece á la de aquellas sustancias ferruginosas que, inyectadas en las maderas más porosas y blandas, les comunican la dureza é incorruptibilidad de las más fuertes y consistentes. Es una sábia sobrenatural. Un santo es un hombre rehecho, un hombre nuevo.

Sin embargo, solo el que hizo al hombre, puede rehacerlo de esta suerte.

Este estado se hace sobre todo, más pasmoso, comparándolo con el de la naturaleza humana, cuando no habia aparecido aún el cristianismo.

Convenimos, en que los paganos tuvieron hombres virtuosos y sábios; pero no tuvieron jamás lo que nosotros llamamos un santo. Practicaron las virtudes que estaban naturalmente á su alcance; virtudes humanas, relativas, interesadas; pero no obraron la virtud por ella misma, sencilla, verdadera, absoluta, desasida de todo motivo humano y á toda costa. Esto consiste, sin duda, en que semejante virtud no está en la naturaleza del hombre, lo mismo lo repetimos, que el sostenerse en el aire sin tocar la tierra. "Empuñar más de lo que la mano permite, abrazar más de lo que pueden con-

(1) Mientras uno en la hermosa aldea de Angelmondi, cerca de la ciudad de Munster, se esforzaba en manifestar á un labrador la pena que le causaba la desgracia, como aquél la llamaba, que habia experimentado éste por el pedrizco que habia destrozado sus cosechas; ¡oh! dijo el viejo labrador, sacudiendo con sonrisa los canos bucles de su cabeza, no llame usted á esto una desgracia, pues no es más que una pérdida: solo el pecado merece "llamarse desgracia" (Stolberg, Historia de Nuestro Señor Jesucristo.)

"tener los brazos, y querer saltar más extensión de la de nuestras piernas, es imposible y monstruoso, dice Montaigne, y lo es también que el hombre quiera hacerse superior á sí y la humanidad; pues no puede ver, sino por sus ojos, ni comprender, sino con su comprensión; se elevará si Dios le alarga *extraordinariamente* la mano; se elevará, abandonando y renunciando á sus propios medios, y dejándose levantar y sostener por los medios puramente celestiales. A nuestra fé cristiana y no á la virtud estóica corresponde el obrar esta divina y milagrosa metamorfosis." (1)—El buen sentido no podría hablar mejor.

Oigamos ahora al patriarca de la impiedad, al mismo Voltaire, hablar de las virtudes paganas y las cristianas al hacer un elogio de la santidad de Luis Rey de Francia, que no pudo ménos de reconocer su buen sentido más poderoso que sus preocupaciones:

"Confieso, dice, que los antiguos poseían todas las virtudes humanas; las virtudes divinas no se encuentran más que entre los cristianos."

"¿Qué buen rey, en las religiones falsas, vengó todos los días en sí mismo los errores inherentes á una administración difícil y de los cuales no se creen los príncipes responsables? ¿Dónde está el grande hombre de la antigüedad, que haya creído deber dar cuenta á la Justicia Divina, no digo de sus crímenes, sino de sus más ligeras faltas, y de las faltas de los que, encargados de hacer cumplir sus mandatos, podían no ejecutarlos con bastante justicia?"

"¿Qué climas, qué tierras vieron jamás á los monarcas paganos despreciar la grandeza que hace considerar á los hombres como seres superiores, y la delicadeza que enerva; y en medio del repugnante disgusto que inspira un cadáver y el horror de la enfermedad y de la muerte, transportar en sus reales brazos á hombres oscuros infestados del contagio, exhalándolo todavía, y darles una sepultura que otros brazos temblaban de darles?"

"Caído en poder de los musulmanes, alimentan estos la idea de ofrecer á su ilustre cautivo la corona de Egipto. ¡Jamás recibió la virtud, más hermoso homenaje!"

(1) Montaigne, Ensayos, lib. II cap. XII. Citado por Augusto Nicolás.

"Subimos más de punto nuestra admiracion; veámos, no lo que tenía encantada al Africa, sino lo que debe satisfacernos, aquella piedad heróica que nos recuerda todas las acciones santas de su vida."

"San Luis es humilde en el seno de la grandéza; es rey y humilde. San Luis socorre á los pobres; se postra en su presencia: es el primer rey que les haya servido. Toda la moral pagana no habia siquiera imaginado una cosa semejante."

"No es ménos desconocida de la antigüedad profana la caridad. Es verdad que los antiguos conocian la liberalidad y la magnanimidad; pero ¿tuvieron siquiera idea de ese celo, por la felicidad de los hombres y por su dicha eterna? ¿Tuvieron nada que se pareciese á aquel ardor con que el santo rey procuraba aliviar las almas de los débiles y socorrer todos los infortunios?"

"La Religion produce, en las almas que ha penetrado un valor superior y virtudes superiores á las virtudes humanas. En San Luis santificó todo lo que tenía éste de comun con los héroes y los "buenos reyes."

"¡Oh fantasmas vanas de virtud! ¡Oh alienacion de espíritu! ¡Cuán léjos estais del heroismo verdadero! Mirar de la misma manera "la corona y los grillos, la salud y la enfermedad, la vida y la "muerte; hacer cosas admirables y temer ser admirado; no tener "en el corazon más que á Dios y su deber; no afectarse sino por los "males de sus hermanos, y considerar los suyos como una prueba "necesaria á su santificacion; hallarse siempre en la presencia de "su Dios; no comprender nada, no triunfar nunca, no sufrir sino "por él: hé aquí San Luis, hé aquí el héroe cristiano, siempre gran- "de, siempre sencillo, siempre olvidado de sí mismo. Reinó para "sus pueblos; hizo todo el bien que pudo, sin desear siquiera las ben- "diciones de aquellos á quienes hacia felices. Huyendo de la gloria, "que habia de ser el premio de sus beneficios, los extendió á los si- "glos venideros. No hizo la guerra más que por sus súbditos y por "su Dios." Vencedor, perdonó siempre; vencido, sufrió su cautiverio sin afectar insibilidad. Su vida se pasó toda entera en la inocencia: vivió en cilicio y murió sobre la ceniza." (1)

(1) Voltaire, Razon del cristianismo, en la palabra Aveuse, segun.

Hay tanta debilidad en el espíritu del hombre, como miserias en su corazon. Sin embargo, esta debilidad atestigua su grandeza, pero caída, que en vano intenta recobrar, y no obstante, no puede abdicar. Las tendencias de todas sus facultades no le permiten ignorar que no todo acaba con el cuerpo, y que le rodea un mundo sobrenatural; y la debilidad de estas mismas facultades, no le permite tampoco saber á qué ha de atenerse respecto de ese mundo sobrenatural, y qué es lo que en él le espera. Incapaz de saberlo todo, y de todo ignorarlo, no pudiendo fijarse para descansar ni en la negacion ni en la afirmacion, atraído por la verdad, suspendido por la duda, su razon es más limitada que su instinto, y su ciencia más consumada, consiste en saber que nada sabe. ¡Palabra la más profunda que haya salido de la boca del hombre! porque supone el sentimiento de las cosas que no conoce, y porque expresa la elevacion de su destino, por el grito de su caída.

Más allá del estrecho límite de lo que la razon comprende, se abre y extiende un espacio vacío para ella, en el que se mueven las fantasmas de su ignorancia, su vista espira, no puede distinguir nada, y en el que, sin embargo, sóspecha que hay grandes cosas; (1) inclinaba hácia este abismo, como Empédocles, no le es dado apartar de él sus ojos, pues siente que allí se está agitando para ella algun destino importante; pero tampoco le es dado abrirlos lo suficiente, para ver lo que allí se pasa. (2)

Ese espacio vacío que todos llevamos dentro de nosotros mismos, ese abismo es la religion del misterio.

De aquí han salido y salen aún todos esos sistemas ideológicos y teogónicos, cuyo torbellino compone la historia de la filosofia humana, y cuyo resultado no vemos nunca. De aquí salieron todas las supersticiones y todas las extravagancias religiosas que han reinado sucesivamente sobre la tierra, haciendo la presa y juguete de tantos fanáticos é impostores. De aquí, en fin, salen á

(1) Majus esse quiddam suspicata est, ac pulchrius, quod extra conspectum natura posuisset. (Séneca, Quaest. nat. I, Practat).

(2) A pesar mio, el infinito me atormenta. No sabria soñarlo sin temór y sin esperanza, y por más que de él se haya dicho, se espanta mi razon de verlo, y sin embargo, no poderlo comprender. (Alfredo de Mousset, Esperanza en Dios.)

veces para los espíritus más sosegados, esas molestas incertidumbres, esos vértigos repentinos, esos terribles tal vez, que los hacen perderse incesantemente en interminables conjeturas sobre su próximo destino, sin poderles encontrar jamás una solución; pues por más que hagamos no podremos dormirnos nunca sobre el borde de semejante abismo: es un volcan que de continuo está humeando! (1)

La Religión de Jesucristo vino á satisfacer esta gran necesidad del alma humana; vino á abrir un camino sobre este abismo.

Este gran beneficio, por haberse hecho tan ordinario, ha hecho olvidar su necesidad, precisamente porque la ha colmado; y no es raro encontrar personas que se lisonjean de poder prescindir del socorro de la fé, y de mantenerse superiores á toda credulidad sobre el pié firme de la razón.

Pero ésta es una ilusión muy grande. La incredulidad en su sentido absoluto no es más que una palabra. Nunca ha habido incrédulos. Nos explicaremos.

Indudablemente ha habido gran número de incrédulos, si se entiende por tales los que han rechazado los dogmas de la Religión cristiana, á pesar de que no hay muchos que los hayan completamente desarraigado de su espíritu. No todos los que parecen y se creen incrédulos en sentido relativo, lo son siempre en realidad. La mayor parte se asemejan á los que de noche tienen miedo, y que para distraerse cantan mientras van andando: cuando les asalta un peligro repentino, esos mentidos valientes se vuelven más creyentes de lo necesario, y muchas veces cuesta gran trabajo el desvanecer su desesperación.

Pero los incrédulos consumados, ó para hablar más exactamente, los increyentes, ¿son incrédulos? No, porque, como dice Bossuet, "los absurdos en que incurren negando la Religión, son más insostenibles que las verdades cuya sublimidad los espanta; y por no querer creer misterios incomprensibles, siguen uno tras otro errores incomprensibles." (2) No se calcula bien lo que es preciso creer

(4) Jouffroy, de quien puede asegurarse que murió consumido por ese noble tormento, lo pintó de una manera admirable en su escrito, titulado: "Del problema del destino del hombre."

(2) Oración fúnebre de Ana de Gonzaga.

para no creer, porque lo que en este caso se cree está conforme con nuestras pasiones que nos lo ocultan; pero considerado en sí y con ojos filosóficos, la impiedad no puede desechar ningún punto de la fé cristiana, sin reemplazarlo por otro punto mil veces más inadmisibile, y sin poner un absurdo en el lugar de una dificultad. Los deístas, los ateos y los materialistas no creen en Jesucristo, en Dios ni en la espiritualidad; pero para fundar su incredulidad en estos diferentes órdenes, se ven obligados á profesar creencias opuestas que sublevan el buen sentido del cristiano más humilde, y le hacen devolver centuplicada la desdeñosa compasión de que es objeto. Por ejemplo: que el mundo se haya criado por sí mismo, ó que lo que cambia y muere todos los días exista por sí eternamente; que la casualidad haga continuamente actos de suprema inteligencia; que los átomos enredándose y chocándose hayan llegado á producir todo el mecanismo de este hermoso universo, y que continuando este mismo movimiento no deshaga su obra, sino que al contrario la conserve en el orden perfecto que admiramos; que la materia esté por sí misma dotada de movimiento, sensaciones, voluntad, inteligencia y conciencia; que los hechos históricos de la vida de Jesucristo y de los doce apóstoles no hayan existido nunca, y que toda la historia del origen del cristianismo no sea más que una alegoría mitológica, bajo la cual se quiso tan solo personificar el culto del sol, la luna y los doce signos del zodiaco; ¿sería gracioso formar una especie de símbolo de todos los símbolos de la incredulidad! Todo cuanto hay de más extravagante, de más fútil, de más absurdo, todo lo cree el increyente, todo se ve obligado á creerlo; y el creyente, al contrario, no cree ninguno de esos absurdos, porque no puede creerlos; porque ofenden á su razón; porque no es crédulo; en una palabra, porque es creyente. "Sería un hermoso trabajo, dice d'Aguesseau, el en que se procurara probar que es más difícil no creer que creer." (1) Por esto, otro gran

(1) Cartas sobre diferentes asuntos, t. XVI, p. 76. "En efecto, dice Voltaire, la división no se hizo con igualdad, pues que lo propio de la incredulidad es de creer todo lo que es increíble, contradictorio, é imposible; de creer lo que no se entiende, sin autoridad alguna que sea capaz de persuadirnoslo. Al contrario, la fé cristiana consiste en someter nuestra razón, no por una ciega credulidad, sino por una credulidad dócil, y que la misma razón autoriza." (Raison du Christianisme, aut mot Aveuse.)

talento, Antonio de Fussal, despuesde haber examinado detenidamente todas las sectas filosóficas, decia con admirable exactitud: "Nada he encontrado mejor que creer en Jesucristo." Es verdad que los incrédulos tienen una ventaja, la de poder cambiar de sistema; pero como no pueden hacer más que cambiar de absurdos, y que ménos de poner en entredicho su razon es preciso que crean alguno, no hacen otra cosa, con la facilidad de su cambio, que creerlos todos, y merecer por este medio con más justicia, la aplicacion de aquella sentencia de Pascal: "¡Incrédulos los más crédulos!" (1)

Por lo que á nosotros hace, no necesitamos tener ninguna curiosidad respecto de Jesucristo, podemos decir con Tertuliano, ni hacer investigaciones respecto del Evangelio. Cuando creemos, no queremos erer mas allá. Hasta creemos que no hay nada más que creer." (2) Estas palabras traen á la memoria estas otras de Joubert: "La Religion prohíbe creer nada más allá de lo que ella enseña" (3) y las siguientes de Portalis: "La fé no hace más que ocupar el sitio que la razon deja vacío, y que la imaginacion llenaria incontestablemente peor." (4)

Más no está todo aquí. Los incrédulos declarados no se han limitado á esta credulidad, por decirlo así, necesaria á su misma incredulidad, y casi siempre se les ha visto caer en credulidades gratuitas, en prácticas de supersticion ridiculas y groseras por su objeto y por su incoherencia. La experiencia enseña que los que más creen en los sortilegios, en la mágia y en el fetiquismo, son los más decididamente pronunciados contra las verdades de la fé. ¿En otro tiempo no se mostró Juliano tan filósofo en su gobierno, el más supersticioso de todos los hombres en sus ideas religiosas? ¿No se entregaron los incrédulos de la edad media, Cardon, Pompaciano y Bodin, á las insensatas prácticas y opiniones? ¿Y no fué el siglo XVIII, ese siglo de la incredulidad por excelencia el juguete de los charlatanes? ¿No se abandonó sin miramiento á las manías

(1) Este dicho nos recuerda aquél de Séneca: *Philosophi, credula ratio.* (*Quaest. nat. VI, 26*). Véase el curioso comentario que de él hace Mr. de Maistre, *Soirées de Saint-Petersb.* t. I, p. 181.

(2) Tratado de las prescripciones, VIII.

(3) Joubert, *Pensamientos, etc.*, t. I, p. 117.

(4) Portalis, *Discurso sobre el Concordato.*

más fantásticas? La máxima de la época parecia ser la siguiente, dice el historiador Lacroix: "*Es menester creerlo todo, ménos lo que creyeron nuestros padres.*" (1)

Si pudiésemos hacer completa abstraccion de las creencias cristianas, veriamos al espíritu humano arrastrado de repente á las más degradantes y disolventes supersticiones, sin que las cabezas mejor organizadas, las que creen mejor poseerse, pudiesen evitarlo desde que el contagio se hubiese desarrollado en derredor suyo. Aquel espacio vacío, de que hemos hablado, y que empieza en el límite al cual llegan nuestros conocimientos naturales, hasta el punto indefinido á donde se extienden nuestras intuiciones é instintos, y que podemos llamar la *facultad del misterio*, tiene necesidad de alimentos: si le quitais la fé racional, se echará en brazos de la supersticion. Por esto las religiones paganas, por falsas que fuesen, valian más que la carencia completa de toda religion; eran un punto de detencion sobre la pendiente indefinida de la locura y de la perversidad. Por esto la fé cristiana, que no solamente nos preserva del error sino que nos dirige hácia la verdad, y que es el camino, la verdad y la vida, es el don más precioso hecho á la inteligencia, y puede llamarse la calzada de la razon.

No creemos augurar mal, pensando que nuestros lectores se hayan penetrados como nosotros de la importancia de la verdad que en este momento pretendemos probar, y así nos será permitido apoyarla todavía en dos poderosas autoridades.

El célebre Busch, publicista de un buen juicio tan bien inspirado y tan práctico, en el libro que publicó sobre la revolucion francesa en lo más fuerte de su desbordamiento, para preservar á la Inglaterra, su patria, de los globos incendiarios que le enviaba el volcan, escribia este notable pasage:

"Sabemos y tenemos un orgullo en saber que por su constitucion es el hombre un animal religioso; que el ateismo es no solamente contrario á nuestra razon sino hasta á nuestro instinto y que no puede sofocarlo por mucho tiempo; y si en un momento de disipacion, si en el delirio de una embriaguez causada por aquel espíritu de fuego destilado en el alambique del infierno, que en la actua-

(1) *Historia del siglo XVIII*, tom. VI.

lidad está bullendo tan furiosamente en Francia, debiésemos nosotros poner en evidencia nuestra desnudez, sacudiendo la Religión cristiana que ha hecho hasta el presente nuestra gloria y nuestro consuelo, y que ha sido entre nosotros un grande manantial de civilización, como lo ha sido también para tantas otras naciones, temeríamos (sabiendo bien que el espíritu no puede soportar el vacío) que viniese á ocupar su lugar alguna superstición grosera, perniciososa y degradante. (1)

¿Qué se debe deducir de aquí sino que el mismo Dios, que ha dispuesto todos nuestros sentidos y todas nuestras facultades con un objeto determinado, ha debido dar también á esta facultad religiosa un objeto, ha debido satisfacerla y regularla? Al ver, sobre todo, que entregada á sí misma, precipita al hombre en abismos sin fondo, é introduce la perturbación en toda la economía de su ser moral, debemos creer que debe existir para ella un estado normal de vida, de satisfacción y de desarrollo, que la preserve de sus caídas y que la ejercite según su fin. Y después al encontrar en la doctrina de Jesucristo y en la adhesión del alma á esta doctrina este estado de orden, de satisfacción y de desarrollo religioso, único entre todas las religiones; al ver que éstas no pudieron hacer más que paliar ó señalar el mal de esta facultad, y que únicamente aquella nos ha dado su bien, debemos reconocer y adorar en un beneficio tan grande, la misma mano que ha criado á nuestra alma, porque solamente ella ha podido dirigirla tan bien, á través de tantos precipicios, hácia su fin.

“No quiera Dios que sea yo injusto ni ingrato! exclama el filósofo Bonnet, contaría con mis dedos los beneficios de la Religión; y reconocería que hasta la verdadera filosofía le debe su nacimiento; sus progresos y perfección. ¿Me atrevería á asegurar que si el padre de las luces no se hubiese dignado nunca ilustrar á los hombres, yo mismo no sería idólatra? Nacido quizás en el seno de las más profundas tinieblas y de la superstición más monstruosa me hubiera perdido en el fango de mis preocupaciones, sin ver en la naturaleza y en mi propio ser, mas que un caos. Y si hubiese sido bastante feliz ó bastante desgraciado para elevarme hasta la duda acerca

(1) Reflexiones sobre la revolución de Francia, por Burtre, p. 189.

del Autor de las cosas, de mi destino presente, de mi destino futuro, etc., esta duda hubiera sido perpétua, nunca hubiera llegado á fijarme y acaso hubiera hecho el tormento de toda mi vida.”

El que celebra así el beneficio de la fé es un gran filósofo; por sus palabras, sugeridas por su distinguido talento, puede calcularse la inmensidad de este beneficio para la generalidad de los demás hombres.

En vano se nos opondría que el apogeo de la civilización ha coincidido con el reino de la incredulidad. Porque primeramente respondo que el siglo de la incredulidad no ha hecho más que recoger lo que habían sembrado los siglos de la fé, y que el siglo de los grandes talentos es el que hizo del siglo de las luces. Todos los grandes procedimientos del espíritu humano en las ciencias exactas, de que tanto nos envaneecemos; el método de inducción, las leyes de la mecánica celestial, la aplicación del álgebra á la geometría, el cálculo diferencial, etc., han sido descubiertos en los tiempos y por los hombres de fé: Bacon, Newton, Kepler, Cartesio, Leibnitz, Pascal. (En apoyo de todo esto véan se los Elogios de Fontenelle y d'Alembert.) No somos grandes nosotros, ni más grandes que ellos, sino porque hemos montado sobre sus espaldas.

Por otra parte, sin conerretarnos aquí al estudio histórico de los progresos del entendimiento humano en su relación con la fé, nos limitaremos solamente á un hecho muy grande, y es, que en general todos los verdaderos filósofos y todas las inteligencias privilegiadas que han existido en el mundo; todo cuanto ha descollado entre los hombres, se ha apoyado en la fé cristiana. Los más nobles representantes de la razón, los conductores de la humanidad, han sido apóstoles ó discípulos de Jesucristo. Este es un hecho reconocido. “Con facilidad podríamos citar, dice d'Alembert, la lista de los grandes hombres que han considerado la Religión como la obra de Dios, lista capaz de remover, aun antes de examinarla á los mejores talentos, y suficiente á lo ménos para imponer silencio á una turba de conjurados, enemigos impotentes de verdades necesarias á los hombres, verdades que Pascal defendió, que Newton creía, y que Descartes respetaba.”

Casi todos los santos han sido unos espíritus superiores, y lo han probado por medio de los escritos no ménos trascendentales que lo

han sido sus virtudes, y cuyo resplandor pertenece con tanta más razón al cristianismo, que en su mayor parte han brillado en los siglos de decadencia y de barbarie, á manera de celestes metéoros en las noches del invierno. Tales han sido Santo Tomás de Aquino, San Bernardo, San Anselmo, y subiendo más arriba, San Agustín y todos aquellos Padres de la Iglesia, que no han sido ménos los Padres de la Razon, ya que jamás se habia encumbrado ésta tanto como en las concepciones de estos confesores de la fé.

Pero principalmente en la comparacion de los frutos producidos por el génio cristiano con los que ha dado el humano ingénio fuera del cristianismo, resulta la verdad de éste. Seguramente está el génio repartido entre los hombres, y bajo el concepto del temperamento, nada hemos tenido mejor que Platon, Sócrates, Aristóteles, Ciceron, Séneca y muchos otros filósofos de la antigüedad; aun bajo ciertos respectos y en todo lo que corresponde á los procedimientos del espíritu, es preciso confesar que fueron por mucho tiempo nuestros maestros. Pues bien: comparad sus obras metafísicas y morales con las nuestras; poned las obras de Ciceron al lado de las de San Agustín, las de Platon, al lado de las de Santo Tomás de Aquino, las de Séneca, al lado de las de San Pablo, Aristóteles, junto á Bossuet, Epiceto y Marco Aurelio al lado de Bourdaloue, de Massillon, de Fenelon, de Pascal, de Malebranche, de Leibnitz, etc., y decid si no hay, no decimos en las formas, entendámonos bien, sino en el fondo, en el producto de estos últimos, una profundidad, una exactitud, una perfeccion y una solidez de miras infinitamente superiores; si no hay entre los primeros y segundos toda la distancia del sueño á la realidad, y si no se vé claramente por semejante comparacion que en Jesucristo se levantó sobre el mundo una gran luz. Yo quisiera que para nuestro placer y para nuestra instruccion, dice Voltaire, todos los grandes filósofos de la antigüedad, los Zordastros, los Mercurios Trimagistros, hasta los Numas volviesen en el dia á la tierra y conversasen con Pascal, ¿qué digo? con los hombres menos instruidos de nuestra edad, que no son seguramente los ménos sensatos; pero que me perdone la antigüedad: yo creo que harian una triste figura. ¡Pobres charlatanes! ya no venderian sus drogas sobre el Puente-Nuevo.

Lo que hay, sobre todo, altamente decisivo, es que, como observa Voltaire, no son nuestros grandes pensadores, sino los hombres me-

nos instruidos de nuestros dias, los que nos bastaria oponer á los más célebres filósofos de la antigüedad; y que no solamente debajo de los ricos mantos, sino debajo de las pobres chupas se encuentran nuestros Sócrates y nuestros Epicetos, formados, como están en esa sublime ciencia del Evangelio, dice tambien Voltaire, á la cual se llega cuando aun no se tiene el entendimiento bastante desarrollado para estudiar las ciencias elevadas.

¡Propiedad verdaderamente divina de esta doctrina que se hace de este modo, toda de todos, para realizar su maravillosa enseñanza todos los espíritus; que prescinde del raciocinio para comunicarse á los más limitados, y se presta á él para satisfacer á los más hábiles, cuya luz se condensa en rayos que le permiten introducirse en el ojo más miópe, sin perder nada de su sustancia y se dilata en las capacidades de la inteligencia hasta contentar, á las más vastas, conteniéndolas sin embargo, dentro de los límites de una misma enseñanza! Unicamente el cristianismo presenta esta alianza de la filosofía trascendental con la Religion popular. Haciendo Bossuet el catecismo para los niños ¿qué decimos? aprendiendo á veces él mismo los secretos de la perfeccion evangélica de boca de las más humildes ovejas de su rebaño, edificándose con su ejemplo, é instruyéndose con sus respuestas más de lo que él las instruiria á ellas con sus preguntas: ¡qué espectáculo! Lo decimos con una conviccion profunda: en estas cosas está Dios. Solamente el que hizo el sol pudo dar al Evangelio todas las propiedades de su luz: Illuminans omnem hominem.

§ III.

La civilizacion, dice Balmes es: el individuo con un vivo sentimiento de su dignidad, con un gran caudal de laboriosidad, de accion y energia, y con un desarrollo simultáneo de todas sus facultades; la mujer elevada al rango de compañera del hombre, y compensado, por decirlo así, el deber de la sujecion con las consideraciones de que se la rodea; la blandura y firmeza de los lazos de familia, con poderosas garantías de buen orden y de justicia; una admirable conciencia pública, rica de sublimes máximas morales, de reglas de justicia y equidad y de sentimientos de pundonor y decoro, conciencia que sobrevive al naufragio de la moral privada y que no consiente que el descaro de la corrupcion llegue al exceso de los antiguos; cierta suavidad de costumbres general, que en tiempo de guerra evita grandes catástrofes, y en medio de la paz hace la vida más dulce y apacible; un profundo respeto al hombre y á su propiedad, que hace tan raras las violencias particulares y sirve de saludable freno á los gobernantes en toda clase de formas políticas; un vivo anhelo de perfeccion en todos ramos; una irresistible tendencia, errada á veces, pero siempre viva á mejorar el estado de las clases numerosas; un secreto impulso á proteger la sabiduría, á socorrer el infortunio; impulso que á veces se desenvuelve con generoso celo, y cuando no, permanece siempre en el corazón de la sociedad, causándole el malestar y desazon de un remordimiento; un espíritu de universalidad, de propagacion, de cosmopolitismo; un inagotable fondo de recursos para remozarse sin perecer, para salvarse en las mayores crisis; una generosa inquietud que se empeña en adelantarse al porvenir, y de que resultan una agitacion y un movimiento incesantes, algo peligrosos á veces, pero que son comunmente el gérmen de grandes bienes y señal de un

poderoso principio de vida: hé aquí los grandes caractéres que distinguen á la civilizacion europea; hé aquí los rasgos que la colocan en puesto inmensamente superior á todas las demás civilizaciones antiguas y modernas.

Desde el primer momento, el cristianismo hizo hacer á sus discipulos, á título de religion, lo que se introdujo despues á título de civilizacion en las leyes, en las instituciones, en las costumbres, y hasta cierto punto en la naturaleza de las sociedades modernas. En el seno del paganismo y de la barbarie realizó, contra y á despecho de las costumbres de la época, obras maestras de sociabilidad, que han servido de tipo á los reformadores de que más nos enorgullecemos. La igualdad en las leyes, la tolerancia en las costumbres, esa necesidad de justicia en las instituciones, esa preponderancia siempre creciente del derecho sobre el hecho, de la razon sobre la fuerza, y esas tendencias universales de humanidad, de fraternidad, de fusion universal y de unidad que caracterizan á nuestro siglo, eran cosas puramente cristianas, mucho tiempo antes de ser legales, civiles y sociales. Aun en la actualidad, las instituciones y las obras del catolicismo exceden con mucho á toda nuestra civilizacion, y forman su vanguardia. La civilizacion no es perfecta todavía, y aunque sin cesar tiende á serlo, jamás llegará al reino entero del Evangelio y al poder de su caridad. Para conocer la medida de este poder y para verlo en accion, es menester examinar y calcular el poder de la miseria humana. En todas partes donde se encuentre ésta, veréis brillar aquella. No hay una sola necesidad de nuestra naturaleza á cuyo lado no haya colocado el cristianismo un beneficio; no hay miseria para la cual no haya inventado un socorro, y todo con plenitud, una delicadeza y un desinterés cuyos efectos causan á veces envidia á los mismos favoritos de la civilizacion. Hasta el bien que la sociedad hace en obras filantrópicas, además de ser inspirado por las costumbres cristianas, necesita en definitiva pasar por la punta magnética de la caridad, por la mano y los dedos de sus apóstoles, para llegar con delicadeza y perseverancia hasta los males que tiene por objeto. Y á más de los males que la sociedad alivia de este modo, hay una multitud de otros que están absolutamente fuera de la esfera de su beneficencia, y que solo la religion busca con celo infatigable y consuela con maravilloso resultado. Puede decirse del cristia-

nismo lo que la Biblia dice de Dios: todos los días abre su mano y alimenta todo lo que respira. Es el ojo del ciego, el pié del cojo, el oído del sordo, el instituto del niño, el apoyo del anciano, el guardador del loco, el visitador del prisionero, el padre de los huérfanos, el enfermero de las dolencias, el limosnero de los pobres, el abogado de los oprimidos y el misericordioso regenerador de todos los culpables. A más de los males que constituyen como el patrimonio de la naturaleza humana, hay otros que corresponden á los tiempos, á los lugares, á los accidentes, y que el cristianismo procura también aliviar ó curar con una maravillosa caridad. Por mucho tiempo ha sido el hospitalario de los viajeros, el compañero del leproso, el redentor de los hombres y el emancipador de los esclavos; y cuando los grandes azotes de la guerra, el hambre, la inundación ó la peste, se derraman sobre los pueblos, se le ve aumentar en sus sacrificios y acomodarse con alegría á todos los peligros. Todo esto lo hace el cristianismo siempre, en todas partes, sin interrupción, sin fausto sobre todo, y hasta sin ningún esfuerzo; todo es natural en él, hasta el punto de que no lo notemos: tan habituado se halla el mundo á todas sus obras. Y sin embargo, únicamente él hace todo esto; ninguna religión pudo inspirarlo jamás; la sociedad, la misma naturaleza son impotentes; en fin, es todo ello tan propio y distintivo del cristianismo, que las mismas sectas que se han separado de su centro de actividad, aun cuando continúen llamándose cristianas y que sigan inspirándose de su moral escrita, han sido desde luego heridas de incapacidad para obrar esas maravillas de caridad, á pesar de todo el interés que tienen y todos los recursos humanos que emplean en simular una fecundidad de que carecen. (1)

Tal es el cristianismo considerado en sus efectos morales y sociales: de aquí se sigue que es por excelencia la religión de la humanidad, y que al atacarlo se atacan los intereses de ésta.

Jesucristo es no solo el Salvador del mundo, atendiendo á los intereses de la vida eterna, sino también á los de esta; pues su doctrina es el gran foco de la civilización de las sociedades modernas: ¡desgraciada nación aquella en que la masonería pudiera llevar adelante su consigna de destruir esa augusta enseñanza!

(1) Augusto Nicolás. (Estudios filosóficos) tom. 3, cap. VII.

INSTRUCCION PASTORAL

QUE LOS ILLMOS. SRES. ARZOBISPOS

DE MEXICO, MICHOACAN Y GUADALAJARA,

DIRIJEN

A SU VENERABLE CLERO Y Á SUS FIELES.

Nos el Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Dr. D. Jose Ignacio Arciga y Dr. D. Pedro Loza, por la gracia de Dios y de la Sta. Sede Apostolica, el primero Arzobispo de Mexico, el segundo de Michoacan, y el tercero de Guadalajara:

A nuestros Illmos. y Venerables Cabildos, á nuestro Clero secular y regular y á todos nuestros fieles, salud, gracia y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.

VENERABLES HERMANOS Y MUY AMADOS HIJOS NUESTROS:

El Soberano Congreso de la Union ha decretado en 10 del próximo pasado Diciembre, y el Supremo Gobierno General ha sancionado en 14 del mismo mes, una serie de disposiciones intituladas en su conjunto *Ley orgánica de las adiciones y reformas constitucionales*.

Como prelados de las tres Provincias eclesiásticas del país, creemos de nuestro deber dirigir nuestra palabra episcopal, al clero y á los pueblos católicos de nuestras respectivas comprensiones, así para marcarles sus deberes religiosos, como para evitar que la prensa anticatólica, tergiversando y desnaturalizando nuestros actos y palabras, quiera alguna vez presentarlos

EL LIBRO DE LAS PROTESTAS.—P. 3